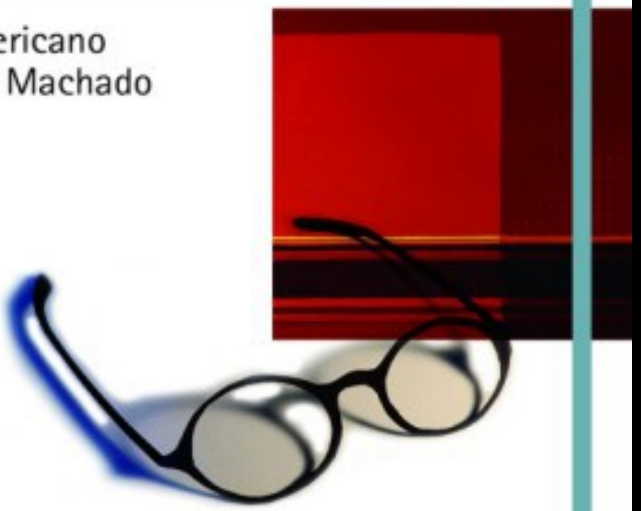
Aitor Francos

Las gafas de Pessoa

VIII Premio Iberoamericano
de Poesía Hermanos Machado



Fundación José Manuel Lara
Vandalia

Índice de contenido

PORTADA
LOS RITUALES
PRIMER LENGUAJE. EL MAESTRO DEL POETA
PLAYA
EL FRACASO
EL TÉ
COLLAGE
LAS GAFAS DE PESSOA
JAULAS
CANCIÓN
PODER DEL DHARMA
INSPIRACIÓN
SOLILOQUIO DE AQUEL QUE COMIENZA A ESCRIBIR
DE VITA BEATA
LEYENDO A COSTAFREDA
LA CASA DE PAPEL
FUERA DE AQUÍ
METAMORFOSIS EN LA NOCHE
COSMÉTICA DEL TEDIO
DORMIR SOLO
BORRAR EL POEMA
CORREGIR EL TEXTO
NO HABITAR
MEMORIA DE LOS HOMBRES
MEDIODÍA
DE ACEDÍA
CELEBRACIÓN DEL FÉNIX
LA ESPERA
PLANO DEL LIMBO
PREPARAR EL VIDRIO
AUTOCONCIENCIA
PANÓPTICO DEL IDIOMA: LA IMAGEN QUE PREGUNTA
MORIBUNDIA
DRÁCULA
MAL DE AUSENCIA
LA SED
EL JUEGO DE LOS COMENSALES

MOVER PALABRAS
FLÂNEUR
PENSAMIENTOS DE UN BUZO
NULIDAD
LA AMISTAD DE PLATÓN
MUSEO
EL ORÁCULO
LA RENDICIÓN
CÓMO ESCRIBIR UN POEMA CON NIEVE
EL DESVANECIMIENTO
LA FORTALEZA
GEOGRAFÍA DEL TEMBLOR
PEREGRINACIÓN POR EL BOSQUE DEL YAMABUSHI
LOS CANTOS DE LA TRIBU
EL IMPOSTOR
ANTÍLOPE EN UN PAÍS DE FÁBULA
COPYRIGHT

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

LOS RITUALES

Nada nos llama la atención. No sabemos ver.
GEORGES PEREC

El pensamiento es ciego; pero sabe
qué es el ver: palpa formas y figuras.
FERNANDO PESSOA

PRIMER LENGUAJE. EL MAESTRO DEL POETA

Meto las manos en los bolsillos y nada encuentro.

EUGÉNIO DE ANDRADE

Aunque lo niegue la razón, para despreciar
a la poesía basta con hacer
que un pájaro ya no se sienta libre.

El poeta ha tocado los árboles
y no ha pasado nada.
Los árboles no le han servido para
protegerle de la infancia.
Los árboles no han movido su casa.
Los árboles no han escrito canciones de cuna
ni han tomado la forma de una madre.
No se aprende a escribir
poesía por estar
cerca de los árboles.

Hay una frase de Confucio
acerca de las obligaciones filiales,
en el *Lun Yu*, su tercer libro clásico.
Cita a Yeu-tse, discípulo a su vez de Kung-tse.
Y habla de aquel que rara vez
se rebela contra sus superiores.

Pero el deseo de escapar del caparazón
paterno se ha cumplido
con sabiduría y aceptación monacal.
Tanto que incluso yo arrastro conciencia
de estar ya en una escena
antigua, aunque heredada.

Crecimos para separar las cosas que nos

compartían.
Para ser amigos del sol cuando se cansase
de leer nuestros poemas.

Comprender la luz fue siempre una costumbre triste
de los pájaros. También ellos, cuando
nos miran alguna vez un poco por encima,
parecen querer reprendernos, y hasta
tratan de corregir nuestra actitud
con benevolencia.

Meto las manos en los bolsillos y no pienso
en nada más: me ilumino de inferioridad.
Desde un pasado
que espera a que una vida lejana lo perdone
la luna entra al cuarto del poeta
como a recordar un viejo cansancio.

Vuelvo a las páginas de un libro que se cerró
para descubrirnos a ambos lados de la noche.
La oscuridad es todo lo que aún no existía
cuando se repartieron
las primeras palabras.

PLAYA

Cómo saber si tenemos
el desnudo de la perplejidad
en el cuerpo de los durmientes. Trata
el verano de agrietar la luz de una certeza.
Y las sillas que el tiempo no quiso retirar
desembarcan en un sol extranjero.

EL FRACASO

Para escribir un poema
es necesaria una pausa de días, espacio
infinito en la imaginación, y cierto grado
de tedio y abandono.
Tener algo que amar, aunque sólo sean sombras
enganchadas a cualquier rama.
Las flores que alguien vendió para sobrevivir
o para comprar un libro de Natsume Sōseki.
Esperar con fe a que un hombre
(el hombre es lo que importa en el poema)
vagabundee sin destino
y a que una moneda huérfana,
en un bolsillo, le dé un poco de luz de luna.
Algunos sueños, y calles suficientes como
para andar una vida entera.
Que la tristeza sea indefinible y arrastre
como un regusto a cena inacabada.
Que nos protejan con sus nombres
los árboles amados:
acacias y cipreses, limoneros y tilos.

EL TÉ

Cantaré un salmo mientras veo cómo se incendia.

JAMES JOYCE

Este poema debería empezar hablando de sentir las cosas
por primera vez.
Seguramente un extranjero se sorprendería del ruido que hacemos
al mover la cuchara en las tazas.

Desde el siglo XVI los ideales del té
han influido en la arquitectura nipona.
Se aconsejaba dar al servicio un mandato inviolable: que fuera
servido puntualmente,
y antes, que se elaborara
un organigrama de los invitados.
Al encanto sutil de seleccionar las hojas
se unía una filosofía del espacio
reservada para la ceremonia.
Un salón corriente, dividido por biombos,
la fiesta en la más tranquila intimidad.
El sentimiento debía darse desprovisto de vaguedades y
ornamentación fútil.

Habría que mencionar las famosas plantaciones de China.
Pero quienes lo cultivan son desgraciados porque se dedican
a clasificar especímenes nuevos de plantas
y perdieron ya la perspectiva que dan el gusto y el olfato.
Los credos y leyendas sobre el té nos agasajan con una riqueza de
matices
que no se advierte en ningún culto occidental.
El entusiasmo de los japoneses por el ritual no ha conocido límites.
En algunas regiones, se hacía público el catálogo
de ilustres bebedores, la mayoría complacientes y fervorosos
terratenientes del emperador.

En la dinastía Song se elaboraba un batido.
Como el albañil que se dispone a preparar la unción de cemento,
las hojas se reducían a una masa espolvoreada,
en un molino de piedra, y luego se mezclaba en agua caliente
con una fina escobilla hecha de bambú.

El agua para el té se revuelve como las páginas acumuladas
por el tiempo de los espejos olvidados.
Y entre los dedos su color
se apropia de signos y vocablos imposibles
que nunca nos pertenecieron.
Recoge el brillo del suelo con toda la suciedad de la luz.
Un residuo extraño, como polvo de mariposas buscando entre las ramas
del horizonte, una ciudad cercana en el desierto,
la mirada de unos padres perdidos.

Los ideogramas originales de la palabra *Sukiya*,
significan *Casa de la fantasía*.
Muchos maestros del té, lo escribe Okakura Kakuzō en *El libro del té*,
según su filosofía
fueron cambiando los caracteres del ideograma,
y el término *Sukiya* pudo significar finalmente
la *Casa del vacío* o la *Casa de lo asimétrico*.

Porque en una casa del vacío pueden sentirse muchas cosas.
La delicadeza de la simplicidad.
El gusto, que es en sí una geometría, pues organiza la orientación
y la proporción del cuerpo respecto al Universo.
El caos que desconoce las leyes de la gravedad, tan partidarias de separar las cosas.
La vida de las palabras, que se ordenan al calor de una chimenea,
cuando nos queda poca luz en el sobre para la carta
que queremos enviar lejos.

Podremos comprar té en un puesto anónimo,
que tenga la indiscutible belleza de un altar.
O robarlo de los jardines imperiales, porque son un símbolo de una vida más lenta
y reescriben la memoria.
Yo, me esforzaré por escribir este poema sin hacer apenas ruido,
si acaso con el que hacen las hojas todavía verdes al crecer,
que se iluminan espontáneamente para reforzar
un sentimiento de melancolía firme y soterrada.

Es en una buena taza de té donde Dios se encuentra con la Naturaleza.

COLLAGE

Será más que el vacío
lo dibujado a mano.

Emborronar
cualquier imprecisión
y limpiar devotamente el lenguaje
es el oficio final del poeta.
Buscar cuerpo adentro otra
salida. Huecos
de luz desocupados,
o alas en el contorno
de la conciencia.
Marcas de recogimiento, matices
en cada sombra.

LAS GAFAS DE PESSOA

Ver es estar dentro, en el propio límite
del universo y en la intimidad del origen,
al mismo tiempo.
Cruzar entre sí las ramas, y mezclar lenguaje
e idea,
sin que haya en la creación diferencia
alguna entre ambas cosas.
Más: poder rechazar
lo que nos falta.

Las imágenes del poeta hacen
a las lentes semejantes, pero no iguales.
Se compenetran unas con las otras
pero todas, por separado, mantienen viva
su independencia.

Mas si no hay ese doble encuentro en la mirada
con la cosmogonía de los ojos
el despertar de la luz no será
lo suficientemente claro como
para crear conciencia.

JAULAS

Soy una herida a la que dejan irse.

SYLVIA PLATH

I

Un poeta es un hombre sumido en la niebla de un corazón desordenado.
Los poetas son esos pájaros que oyen al pasar lo que las estatuas dicen.

Ha acumulado demasiado polvo la casa
en este tiempo: quedan marcas de dedos en cualquier mueble,
aquí y en la memoria.
Por los vasos que caen conocemos la posición de los espejos,
la suciedad de las ventanas.
No hay manera de apresar tanta circularidad con las palabras que se aprendieron
en un destello, hechizadas por una trascendencia superior.
El agua sabe que las cosas son más transparentes
si no se habla de ellas:
cuando nos dicen que las paredes son
prisioneras del cuerpo que las sueña.

Imagino una construcción de madera o piedra,
aislada, sostenida por columnas.
La infancia es una jaula que viaja siempre con las maletas abiertas,
perdiendo cosas.
Se mueve demasiado el cuerpo visto desde tan dentro de la herida.
Se mueve el cuerpo como lo hace una niña que no habla.
Se mueve como los árboles que esperan
crecer más cuando se separan.

Hablamos de los afectos con los pájaros,

pero es preferible no saber cuál es el órgano
que compartimos: la jaula del pensar.
Por las sombras no podría distinguir
la intimidad de las palabras. La luz las iguala.
La transparencia es en ellas el cuerpo que junta las ventanas.

El pájaro no piensa: atraviesa la luz, cuida su desorden.
Cuando no está sobre ningún nuevo contorno
se apoya en un árbol a descansar sin saber quién será parte de quién
en la mirada. Nos revela lo que es contemplado en su inminencia:
las ramas que se reparten la distancia de tanto estar separadas.
Como si, solos,
el pájaro y yo que escribo sobre él, no muy despierto aún,
mantuviéramos la vacilación de la existencia,
haciendo la palabra
más leve que las hojas de los libros,
en una conciencia de aire.

El pájaro escribe y no sabe cuál es su destino. Mira hacia
atrás, y escribe a pesar del viento que nos ayuda
a evocarnos. El viento
no impide el paso del lugar que viene tras nosotros,
pero hace el camino del horizonte
interminable: y éste parece, al soñar, tomar posiciones
en el papel.

Para tener libertad no bastará con la poesía; habrá que guardar cada
hueso de pájaro en un pequeño frasco de cristal.
Hacerles agujeros para que tengan un orden.
Y agrandar las verjas y los caminos que formaron líneas en las manos
de los niños perdidos.

Los pájaros duermen para dejar de pensar que el poema está
existiendo.
Ponen una huella en el contorno: pero cualquier cuerpo les hace de
límite.

II

La memoria del agua sostiene las paredes del silencio; contemplé su cristal y me adentré en mí mismo. Yo colocaba piedras en el río para que mi cuerpo comprendiese.

Pienso en un poema con grietas en la tierra y desprendimientos arenosos.
No pertenezco ya a los animales transparentes. La realidad no es tan necesaria como yo.
¿Cómo, entonces,
salir de aquí? ¿Intentar acoger el círculo que nos dice adiós
desde las estaciones
en este tiempo de desolación?
Yo hablo de la infancia que no nos deja nunca solos.
Y acepto la flor que me da
y que no levanta el aire a nuestro paso.

El poema nace como forma de amar en el agua.
No es un espejo:
ni es lo que hay detrás de ese espejo
donde nos abrazamos al aire de una ventana.
¿Es tanta ausencia una medida de los límites?
Lo que no tiene nombre desmiente la vida mediante unos ojos sin plenitud.
¿Cómo, si no,
escribir dos palabras que nos separan como dos cuerpos,
y acabar siendo impersonal, ahora, tras la composición de este presente?
Por eso el poema busca su realidad
en la repetición y acumulación de imágenes.
Enfrentamiento entre el objeto y su representación. Repetición de las aguas,
que permiten que contemplemos nuestro pasado.

No basta con aplastar la rosa
para retener su imagen. Es falsa esta manera
de anunciar nuestra existencia.

El laberinto es tal vez un animal que no piensa en las semejanzas,
un ser enjaulado por el agua.
El muro de cicatrices
que no supieron volver a casa.
Nada debe cultivarse en este páramo,
la condena está en el origen; temo que si nos movemos desaparezca
del silencio.
Las palabras preferirían permanecer
enterradas, sacando
algo hermoso del cuerpo. Yo duermo en el defecto de la herida que
me pregunta
si debe dejarse tocar.

La luz es más inteligente que yo.
La luz es la más inteligente de las cosas.
La luz viene y nos dice qué es lo que está vivo.

CANCIÓN

Todo el agua del mar cabe en un verso
de Eugénio de Andrade.
Poca cosa, ya sé: lo de un vaso,
una vocal, y efímera.

Una noche que apenas ya nos entra en casa;
la noche
como una luz de adentro
que ayuda a cerrar los libros.

La oscuridad es una madre que ya no levanta los ojos
de la máquina de coser
para preguntar cómo estamos.
La busco desesperadamente cuando escribo,
la caliento por dentro, con mis pequeñas
manos.
Sólo ella podía protegerme
de separarme en dos orillas, de despertar
en el contorno, del viento
de unos dedos que saben
de qué se huye.

Conmigo baila
la lluvia, y nadie más.

PODER DEL DHARMA

Con que arroje una piedra al horizonte
mi sombra se desplaza
y el paisaje observa atento
el hueco que está dejando en mi mano.

Pinto, en lo invisible,
el abandono de un lugar.
A un tiempo,
la oscuridad, fuera de la ventana,
trata de mantener la postura más difícil.

INSPIRACIÓN

Los amantes demoran el deseo
si renuncian a tener algo vivo
entre los dedos que no sea luz.
Quisieran que la impresión de su imagen
en las nubes languideciese ya
quedamente, con una debilidad pactada.
Y comprobar, desde el otro cuerpo,
la estricta inclinación
a la vida de una claridad
cuando imagina estar acompañada.

La luz que multiplican
es sólo una herida que viaja sola.
Una luz que, cuando los tenga cerca,
no dirá nada de ellos.

Una luz tan devotamente limpia
que los tocará, una y otra vez, separándolos.

SOLILOQUIO DE AQUEL QUE COMIENZA A ESCRIBIR

Entre las manos del poeta la habitación
donde vive en el papel.
Entre las manos de ese hombre el confín
de su conciencia.

El hombre que busca su espacio dentro
de un cuarto hermético
no cree en la pureza
de la resurrección.
Ha dejado de lavarse mirando
a través de la ventana la transparencia
de los demás.
Desecha de su interior cualquier sombra,
salvo la del libro que está leyendo.
Los pasos que da miden el poema
que no escribe. Los pasos
que no da lo completan.

Entrar en lo inacabado no es
el peor comienzo para un poema.
Tenemos eso: un poema que nadie
escribe en un cuarto que busca espacio
dentro de un hombre perdido.

DE VITA BEATA

Para aprender a escribir, nada como ser dos.
Poseer una estancia y el agua necesaria
para un baño ocasional. No leer,
llevar si acaso en la mano
una memoria ineficiente,
cuyos contornos sean los de un cuerpo
del que aún no siento el peso ni la gravedad
de su afecto cercano.

Escribir como quien oye una respiración
obscena y así ceder mis cuidados
a las sensaciones. Que la vejez
amanezca en una relajada vecindad
y que la luz tenga más de un anillo
de oro entre los dedos.
Aunque acaso me queme la vida
una metáfora sorprendente.

LEYENDO A COSTAFREDA

La luna no conduce
mi tacto por la luz
y no firma el viento los papeles que se lleva.

Me despierto en la memoria de un muerto.

LA CASA DE PAPEL

Esta
es mi casa.
Propiedad
de la palabra.
BLAS DE OTERO

Mi casa
es una pequeña enfermedad hecha
de lo que falta.
Otro hueco. Otro cuarto.
Y de nuevo, otra muerte.

Dije adiós a la posibilidad de ampliarla.
Algo falta: más huecos.
La casa envuelve
la realidad con mis carencias, yo
la provoco íntimamente:
quiero mi sitio. Seré agradecido
si me da un cuerpo.
Si no me abandona dentro.

Y pregunto:
¿qué hacían estas manos
antes de desmontarla?

Todo debe permanecer así:
en piezas sueltas.
La casa de mis padres.
La casa de mis hijos.
Nunca la mía. Esa la dejaré

marchar. Yo ya estoy fuera.

METAMORFOSIS EN LA NOCHE

Esta humedad sí que la comprendo
habiendo un cuerpo.
Son pocos los que se agrietan
al decir adiós.
Doblar un papel,
madera y vidas que crujen,
en un mismo altar.
Las ramas que no saben el camino
a la palabra
quisieran recibirme
con la quietud del viento
dentro de casa. Dudar de mis manos,
si no reparan sombras.

COSMÉTICA DEL TEDIO

La luz es una casa
en ruinas. Hay paredes que no se aman,
pero repiten sombras
de antepasados
que no es fácil saber
si permanecerán: nombran lo huérfano,

lugar de la palabra.
A través de mi cuerpo,
transparencia ensimismada, conocen
lo que les falta.

Todo esté vivo, como
con flores en la mano.

La cicatriz debajo
de lo que nadie sueña.

DORMIR SOLO

El vértigo invade mi casa azul
de sensibilidad.
No tiene corteza bajo la que resguardar
el espíritu y sus carencias. Si
regreso a la vida como un espejo
plano, esa imagen nómada
reparte el nuevo orden gravitatorio
sobre un mar de poemas.
Cada ola es una piel,
sin la herencia de los primeros seres,
un lugar difícil de amparo y de redención.
Y pienso: «Esta es la primera vez que hago
hoy esto».

BORRAR EL POEMA

Este poema es una circunstancia
del asombro.
Un nombre en la bruma de lo habitable.

Mejor tachado. Y que
esa luz de la memoria pregunte.
Cómo dibujar en la oscuridad.
Cómo desaparecer escribiendo.

Que el poema no sea
nada. Que, como mucho,
se apoye en una silla

a respirar, y esa sea ya
una patria de todos.

CORREGIR EL TEXTO

A Miguel Floriano

Lo más difícil es que las heridas
nunca más se levanten de la cama.

Poco le importa al árbol
que lo derribe un poema.

Puesta la mano en la memoria, amar
con las ideas.
Un movimiento puro,
sueños aún sin forma,
separaciones de la luz. Paisajes
más sensibles, piedras ensimismadas,
pero vivas. Quién pudiera salvar

todo este paraíso reencontrado
mucho antes de que llegue la limpieza
redentora de la obra inacabada,

la invisibilidad puesta en dos ojos
que nunca más miraron hacia atrás.

NO HABITAR

El cuarto está vacío, aun para
quien lo habita no siendo más que un hombre.
No recibe otra luz que la pobreza,
y ninguna blancura en los papeles.

Mediante la plegaria y el estudio
me desvela la sombra de la cama.
Desentierro palabras
y doy un orden nuevo a la conciencia.

Que noten las costuras
del monstruo. Que se aparten los poemas,
ese apéndice extraño de mi cuerpo.

Todo el pensamiento cuelga de un clavo.

MEMORIA DE LOS HOMBRES

Una luz de siglos y murallas, polvorientos
intrusos, servirá
para conjurar a los poetas con sus nombres.

Que les cueste reconocerse en la geografía
del humo.
Sentir en cada pared un peso desigual,
equilibrando el universo. Y contener
la realidad. No la poesía.

MEDIODÍA

El tiempo se ha posado como un pájaro
dudoso y hueco
a la sombra que doy.
Así, el estímulo de su oración
reverdece con sagrado alboroto
el saber de las aguas.

Dueño ya del mundo, desde el origen
mismo me siente la intimidad del universo.

DE ACEDÍA

Quien escribe al poeta es el poema.

Rubén Martín

No modere la carne lo que niega
el cuerpo.
Con la palabra exacta,
lo interiormente hueco
es mi contrario;
un objeto sin origen,
una masa sin sentidos.

No existimos para la realidad
si somos dos.
Si nos diferencia lo mutuo, eso
que al tiempo de nombrarlo
desaparece.

Quien escribe el poema es el poema
sin poema.
No la oscuridad, ni lo que rechaza
su dimensión.
Lo que no siendo mi cuerpo se cubre
con otro cuerpo para así tocar
lo que yo escribo.

CELEBRACIÓN DEL FÉNIX

Estas palabras piensan con las manos
para dar sombra.

Cumplen con su tarea natural,
arruinan levemente
lo que deshizo el viento,
cambian de letras,
obedecen al refugio del fuego,
cuidan de su sentido
con el secreto de una luz viajera.

Las absuelve un principio
de aleteo. Casi nada sabemos
de su vegetación arrepentida.

Van cavando en mis ojos
con las manos del aire.
Su laberinto da vueltas y forma
brisas inesperadas.
Yo finjo que comprendo
aferrado a la luz.

En los cuerpos la pausa
del agua que los mira.

LA ESPERA

El cuarto permite sólo unos pasos
que repito en una dirección y en otra, como
quien busca confirmar
el tamaño de un cuerpo.
En un espacio no mayor que éste
quiere la escritura tener la medida
exacta de la verdad.
No hay más que un poco de madera: mesa,
libros, un suelo y lápices.
Y un hombre solitario que a veces cruza
una calle en la memoria.

PLANO DEL LIMBO

La casa sin paredes es más grande.
Pero habrá que vaciar la despensa,
airearse, ocupar un lugar seguro.
No se puede cambiar la posición
de los cuerpos en la cama. Mejor
será desprenderse de los apoyos:
no más mesas ni libros.
No escribir: expropiarnos.
Hacer sobre todo que nada funcione
como indica el prospecto.

PREPARAR EL VIDRIO

Lo visible es sólo un ejemplo de lo real.
PAUL KLEE

Es que está ciego, no puede ver, ni puede darse cuenta de que hay algo entre él y la luz. Por eso se esfuerza, trabajosamente, en acercarse. Puede apartarse de la luz, pero no es capaz de llegar a estar más cerca. ¿Cómo le ayudará la ciencia? Puede llegar a conocer la consistencia y las irregularidades propias del cristal, comprobar que en una parte es más grueso, y en otras más fino, en una más vasto, y en otra más delicado: con todo esto, amable filósofo, ¿cuánto se ha acercado a la luz? ¿Cuánto han aumentado sus posibilidades de ver?
FERNANDO PESSOA

AUTOCONCIENCIA

Compré un maniquí para estudiar bien
las proporciones y su perspectiva
durante mis clases de anatomía.

Incluso al tomar posturas céreas manifiesta
sentimientos humanos.
Vive en las entrañas, dominando los nombres;
hablamos de la oscuridad una y otra vez.

No es un simple muñeco articulado
que obedece las órdenes
académicas que le damos los profesores.
Parece reflexionar delante de su caja
de madera, como lo haría un árbol
delante de una puerta
(un árbol que creciera en el poema
ante el asombro de quien no lo escribe
sobre un papel).

Que le perdonen por soportar tan
estoicamente el misterio
de la existencia y sus contradicciones.
Por permanecer con lo que verdaderamente
es propio del hombre: ese gesto casi inútil
de llamar con la mirada a la vida.

PANÓPTICO DEL IDIOMA:
LA IMAGEN QUE PREGUNTA

como horizontes puros
que no tuvieran miedo al infinito

ENRIQUE ANDRÉS RUIZ

Construimos el orden de las formas
al ver unas cuantas palabras sobre
el escenario.
¿Cómo
extender una membrana mínima
por lo que ya comprendes,
amar el lenguaje
después de que el viento se haya ido
sin revolver papeles?

Una distancia de ojo,
no exacta: indescriptible.
Sorprenden a la ventana azar
y caos, la retracción de cuanto has
imaginado vivo.

No es la imagen un lugar para quedarse.
La apariencia de sueño
en la inmovilidad.

Su soledad de prisionero a quien
nadie vigila.

MORIBUNDIA

No escribo. Amo un cadáver:
duermo cada noche en su fría tumba.
Y no tiene otro cuerpo
en la memoria que una cuerda triste
que nadie sabe desde dónde cae.

Imprudentes nubes sin forma expuestas
a la imaginación de un niño muerto.

Se equivocó el poeta, y ahora surgen
alas de cualquier parte.

Es culpa de la luz,
que emprende expediciones
lingüísticas. Porque es
la luz la que más cree en el exilio
de aquellas cosas que perdemos en un poema.
Y así el oficio del silencio no es
serio: firmarlo todo.

La lámpara brilla como una mecha
temblorosa y final
seducida por la insignificancia
del hombre al que ilumina.
¿Por qué tantas palabras me presienten
encerrado en el sueño del instante?

Propongo que mi casa se ponga
a escribir el mejor de los poemas.

DRÁCULA

Mancha la luz y recorre incansable
la corteza del símbolo.

Es peligroso
amar la consistencia de unas alas
desplegadas, capaces
de oponer rumbo en contra
del viento y de viajar
a la velocidad de las ideas,
en un espacio reducido y fatalmente
cerrado de museo.

Es el vuelo lo que ahora
le niego a los poemas,
y la casi mística condición
de pájaro: atrapando

por fin la vida
con una estaca.

MAL DE AUSENCIA

Esa rosa que llevas en la mano tiene un fin complaciente:
digerir las sensaciones,
casi venerables por imperfectas,
endulzar la visión y ennoblecer la lejanía,
el ensimismamiento del idioma
con el que la nombramos.

Como una vieja cisterna del mundo
esa rosa sobrevivirá a la imprecisión del cuerpo
que no la ama
sino desde el ruido de lo perfecto.
Convocar su inteligencia la hará ser sonora
y hablarme.

Su sombra se engancha de los árboles del cielo;
yo leo en ella manchas de profundidad.

Para su plenitud de rosa necesita a un hombre muerto
que la comprenda, ser
prisionera en la imagen, reconcentrase tanto
que su materia sea sólo intuición.
Buscar para su tallo
alfileres en la luz.

LA SED

Cómo entra en el agua
la idea de pureza.

Cómo entra en el agua
la palabra. No miden
la trampa los poetas.
No sienten la memoria
del espejo,
ni el vaso
conoce
el fondo que está vivo.

EL JUEGO DE LOS COMENSALES

Comer es un acto de franca solemnidad
literaria. Comer es corregir la belleza
de todas las formas conocidas de materia.

¿Por qué no integrar cualquier sustancia
a la poesía, decir,
con una inspiración,
que todo proviene de afuera: todo?

Comer
y escribir son actividades con semejanzas
y paralelismos indiscutibles.
Digerir el vacío
que tiene el poder de generar vida.
Y modelarlo,
como del sabor del agua,
que no deja de equivocarse.

Utiliza alimentos
para construir tu fe: lo poético
los sabrá infinitamente vivos.

Deberás, casi, descubrir el fuego
en la cocina.
Comer muy lento, comulgar símbolos,
ponerles nombre
y dominarlos.
Podrás prometer fisuras y cambios
de ritmo; lápiz en mano, marcar
la cicatriz del pan.

Comer un poema
no es algo meramente accidental.

Abrir la nevera y disculparnos, si no está
dentro el plato adecuado.
¿No crees averiguar
tu fuerza al abrazar un fruto dulce?

La tierra se mueve y puede que tenga
una cuchara dentro.

El despertar intelectual comienza con
una interrogación:
¿Qué comeremos hoy?

MOVER PALABRAS

Hay un antes y después
en la danza. Contradicción del giro.
Esa duda que se exhibe en un movimiento
de la profundidad.
Pero la danza no es sueño ya sino
palabra. Significado en contracción, caída
de la transparencia a la vigilia de lo vivo,
una respiración
visible en el poema,
un puro intercambio de espacios. Nada
más.
Palabras donde se arrastra más
de un límite de viento.

FLÂNEUR

Qué fácilmente sé
imaginar la casa de la infancia.

En cualquier parte del mundo podría
encontrar su tesoro.

Una página en blanco
es la habitación de los invitados.
En su interior ya sólo cabe un libro
de viajes: mi maleta.

Escribo dibujando una casa en la memoria
de la luz encendida.
Y tengo, en cada una de sus páginas,
un hijo, atento y respetuoso,
que no sabe en qué espejo
buscarme.

Llevo lo necesario:
humo de sueños y polvo de sendas.

Yo sé tocar mi casa
para que crezca despacio. Que no
juegue a ser la más alta de la fila.
Que, estoica, no se oponga a inclinarse,
y ordene bien el rezo de los grillos.

Marquemos las paredes
con el útil conocimiento de las mareas.
Que dentro de la casa nada más
que yo tenga cuerpo
es misterio del agua que bebemos.

Guardo una llave que nunca hace falta
para ponerles nombre a las cosas.

Qué fácilmente ha crecido para ser la más
pequeña.
En el país de lo que fue mi casa,
doy un único paso y ya estoy fuera.

PENSAMIENTOS DE UN BUZO

Mira esa agua tranquila, donde duerme el silencio,
¿estará muerta
en lo que la bebe?
Es una sombra consciente que da vida,
y hoy no cierra los ojos en un nudo.
Lo recubre todo sin hallar mácula ni oposición.
Si roza un tronco,
interroga la sorpresa, los elementos del azar
ordenados para el habla.
Es el idioma que intenta protegerse
de las tenaces preguntas del origen
sin espejismos.

Toda esa pulsación
contenida, ¿no es un símbolo?

NULIDAD

Sólo a través de la memoria recobra la vida su unidad.

MARCEL PROUST

La nieve es el sueño de regreso a un punto anterior
en el lenguaje;
nos aprieta la muda exactitud
de lo que borra.
Confundida por las palabras, la claridad
deja huecos.

Un animal no distingue entre su cuerpo y la nieve,
como no separa una palabra de otra.

No le pidáis enigmas a la luz;
disfruta con la inexistencia y las desapariciones inmediatas.

La nieve ocupa el lugar de las manos
en el espejo: escribirla es dar origen a la ausencia.

LA AMISTAD DE PLATÓN

I

La noche nos encontró cerca de una lámpara dibujando
con esfuerzo en un papel.
La luz me gustaba mucho; si aprendí algunas cosas creo
que fue gracias a la luz, porque ella nunca dejaba
desnudos a mis padres.

El árbol por el que entraron las raíces a la dedicatoria final
de las ideas
cumplió el sueño de una segunda vida.
Los corazones aplastados fueron fáciles de entender. Pero
esto no: ni el espacio cósmico, ni la resignación que ofrece el
espectáculo
de quienes cambiaron las sombras de sitio y confundieron
a los gatos.
Conocer de pronto cómo se conquista el mundo
contemplando una rosa. Y las manos
que saben esparcirla sobre el tiempo
para que todos los poetas nos encontremos fácilmente.
Para que los idiomas no supongan enigmas irresolubles.

¿Qué conflicto interior, de espejo plano y lienzo furtivo,
nos devuelve la esencia de cada signo que comprendemos hecho
imagen?
¿De qué cueva fuimos reclutados, con qué geometrías
de sosegada y triunfal alquimia?
Dado que no habrá respuestas, nos expondremos a la claridad.
Y nos parece extraño que hayamos podido construir un sueño
a tiempo
para ser invitados a su festividad privada;
los filósofos vendrán con linternas prehistóricas y alianzas
de inteligencia por encerrar.

Poner paredes es comprender y trascender:
superar el movimiento del límite.
La luz de sentir lo diferente, con la separación natural
de las palabras. Y pensar en la luz
es reconocer otra forma de sentir.

Dentro de mi ser hay toda
una metafísica de no ser.
Y yo he de trasladar mi maleta de una inexistencia a otra.

II

En el poema del lenguaje
el estilo amplía su círculo de amistades
a un espejo de mano: concentración y visibilidad.
Y yo aprendo a diferenciar entre una vocal y un pájaro
que desea gravedad
si trato de cogerlo entre las manos, a respetar
el sueño hasta que viste
ropa prestada y balbucea cosas inconexas.

Leer es el acto de caminar descalzos sobre las paredes
de la imaginación.
Si el poema nos ve sentados
da la razón a lo que abandonamos.

III

(EL PINTOR)

La sangre que bebemos, amor,
la escupí tantas veces que ni recuerdo su origen.

VÍCTOR CRÉMER

No es la primera vez que tantos cuerpos se unen para pensar.
Debemos encontrar el fuego
con palabras.
Nombres escritos sobre la corteza de los troncos asimétricos, que no tienen
voluntad de curvarse
sobre la piel tersa y firme de un poema inexistente.

Todos los ojos están cansados de ser míos.

No será otro cuerpo el que aprobará mi condición de extranjero;
no bastará un juramento al pie del diluvio.
Ver es el único acto de amor permitido.
Compartir la ceguera de unas manos cercanas.

No será otro cuerpo buscando la muerte en un pasillo interminable.

Pensar en el fuego es la forma más pura de deformar la realidad.

MUSEO

I

La armonía de las cosas invisibles hace
que todas las cosas visibles
también puedan estar presentes.

Y caer es dominar el mundo desde abajo,
donde el poema de la oscuridad tiene cuerpo.
La luz que lo descubre como hombre y mujer.
El gesto que se repetirá para atraer
la distancia de los sueños sucesivos.

Si
callo desaparezco.
Seré apenas la costumbre de nombrarme más.

Dialéctica del agua.

II

Los muros intimidan las fracturas del lenguaje.
Para respirar
sortean la insuficiencia de los márgenes.

Lo que se parece a un animal sensible
condenado a crecer eternamente. Eso somos.

La multitud comprende las señales
que hacemos en los libros.
El destierro del habla.

Lo imposible hace de traductor.
Todo comienzo es decisivo al callar.

III

Después de esto nada más debería sugerir un ala.

Busco en el ojo la identidad que cubra sola el cuerpo.
Alargo la mano: sucede el lenguaje.

Y el silencio abandona las palabras a la confesión.
¿Quién ha apartado el polvo de las sensaciones?

IV

No hubo mudanza. Era la luz de la debilidad
la que atravesaba las fronteras de los cuerpos.

El papel de la noche,
un horizonte enguantado,
da sosiego a la superficie del poema.

Con el brillo del sueño,
la falsedad de lo oscuro en la simiente.

V

No hay intención en la llama de complacerme.
Lo cotidiano es un diálogo
de patrias fragmentadas, imagen exaltada del sueño,
mustia en su ademán de sencillez.
El lejano transcurrir de las semejanzas,
al frecuentar nubes y dioses.

Esta es la señal: habitar la posibilidad.
Amar la diferencia sin despertar lo eterno.

VI

No hay creencias: sólo la vida de los hombres.
Y cada cuerpo llena el hueco de sí mismo,
recuperando su ropa y asignando gestos.
Busca la luz lo imaginado, el agua
que la forma, inmovilizada en la posición
del sueño. El roce apenas
difuminado, derrumbe tal vez,
dará un fondo a las palabras ya extintas;
una niebla que, al soñar, deje pasar la arena.

VII

Más que un cuerpo a la deriva. Quedan
pedazos sueltos y tramos nocturnos,
que llenan la página: cerámicas de niebla
que recojo entre los dedos, muertas metáforas
cerradas, deformadas por la luz
del sueño. Pero ayuda saber que algo
tan puro nos protege de la noche.

EL ORÁCULO

Soy colaborador, soy delegado
de mi Dios, a través de mis ojos.
DÁMASO ALONSO

LA RENDICIÓN

Somos los hombres subterráneos y tenemos la responsabilidad de
acondicionar la ceniza
de los libros que leemos.
Los que están por debajo de todas las castas inferiores,
caníbales del espacio y las distancias sensitivas.
En nosotros no encontraréis profundidad que no provoque un vínculo penetrante.
Algo dentro nos suena como un vientre
imaginario: un monográfico del mar. Somos lo renombrado,
desnudos por el interior simbólico.
Palpitamos en el límite.
Nos une lo remoto,
sin la definición de la realidad.
Queremos enterrar el oráculo del visionario para que busque raíces mortales y que lo oscuro se sienta vivo.
Es así como descubrimos el destello:
uniendo todas las cicatrices sin levantar el lápiz.
Virtud de sabernos hombres iluminados por preguntas.

CÓMO ESCRIBIR UN POEMA CON NIEVE

Algunas cosas no pueden ser pensadas por las palabras.
Cuando las pronunciamos a la luz se transparentan
para vernos.
Pero esa luz, ¿he sabido yo soñarla?

Nombran desvaneciéndose
la claridad que querrían salvar,
como dirigidas por la imaginación de un niño
huérfano.
Cuando abandono mi casa, yo siempre
me llevo aquellas que me preguntan adónde voy, mientras
la página levanta
sombras de todo cuanto encuentra.
Sabemos que su fuerza
es impura. Les damos la mano
como a un animal que espera.
Las palabras lo que quieren es ser fantasmas paseando por la nieve,
ráfagas de viento
en el límite de lo que pensamos.

Paso la mano por la página como quien cruza un país desconocido.
Me acerco a la luz para cerrarle los ojos
como a un muerto al que conocemos.
Pero, ¿qué es la luz cuando está debajo
de la luz y de las cosas que nadie ha perdido?

Las palabras me traen el viento con el que pediré
a las cosas que desaparezcan.
La nieve vuelve a casa
con todos los libros perdidos, como
a una nación ocupada sólo por poetas.

EL DESVANECIMIENTO

Una nube pasajera se desfigura y cambia de sentido,
tan sólo se protege del insomnio interior y visionario de los hombres,
del nerviosismo de un atardecer sin rumbo.
Pero yo también me desvanezco cada vez
que comprendo la luz. Mirar las cosas no es suficiente para pensarlas en su totalidad.
Si vivo es para sentir que el presente no está cerca de la existencia en la mirada.

¿Por qué no retira el mar la capa de imprecisión que se mantiene sobre las cosas?
La luz, dolorosamente inconcreta, tiene la vaguedad de los espejos
cuando los explica el aspecto difuso
de algunos rostros en el sueño de las ciudades invisibles.
No se respeta su voluntad
cuando el agua calla con un cuerpo dentro y piensa igual que una piedra en la memoria.

Comprendo que el fulgor solamente silencia los poemas que se le presentan dormidos.
¿Cómo sacar ahora toda la tierra de los cuerpos?
Ya no queda nadie para arrancar un pliegue a las banderas
que nos dejaron solos.
La vida íntima apoya la cabeza suavemente contra el acantilado;
mi ventana no conoce el oficio de señalar.

La belleza es de pronto una lengua con un poco de azúcar.
Vínculo, rasgadura, penetración: memoria que se sostiene
con un agujero. La luz vendrá
como un cadáver que nos mira sin comprender por qué lo amamos.

Sobre un papel he dibujado un niño, para que ese niño
después me dibuje a mí.

LA FORTALEZA

Vivamos el ver como lo que es,
una excepción:
el insomnio de perseguir un cuerpo por dentro hasta saberlo vivo.

Esa rama que siempre intenta tocar mi ventana me habla con admiración
de la transparencia,
que espera lo mismo de todas las cosas que no ve. De la distancia,
que es complicidad y protección.
No basta ya con trascender los límites y provocar en el horizonte un idioma virgen, un encuadre y una imagen, la forma y el relieve
del cuerpo cuando piensa.

No sé por qué las casas prefieren el vacío. Nacieron para guardar una respiración,
para dejar sin sombra a los que están solos.
Desocupar los huecos y los nombres.
No es el aire: es la inminencia del habla. Decir todo. La vuelta
a la ventana interior.
Es restarle a lo que buscamos la exactitud
del hueco donde empieza la otra vida.

Tratemos de dejarlo todo limpio,
como para recordarlo el tiempo necesario, hasta llegar a un pasado que nunca
nos pertenecerá. Pequeños movimientos mágicos
de aproximación: al cuerpo de la idea,
al museo de los impulsos. En la ventana los contornos fueron suplantados por un animal dormido. Nada en él se mueve
si es visto. Respira
si se le nombra con los ojos de los muertos.

GEOGRAFÍA DEL TEMBLOR

No tengo una pared donde leer, así empieza este poema.
¿Es tanta ausencia
una posición ante lo que sentimos oscurecerse?

Las sombras son más discretas escritas
sobre un cuerpo que muere.
Sigo la tradición mundana
de los seres soñadores. Soy libre de elegir la condición de las huellas
que perdimos en la superficie de los ojos.
Pero hay almanaques y melodías que descubren nuestra
falta de palabras.

No necesitamos que nos dé su bendición la gravedad del mundo, alzada
sin el menor signo de mácula
ni de corteza: sólo con tierra áspera delante, resignándose a la vergüenza.
¿Qué decir del viento que no sabe
ponerse triste al descubrir los secretos de las criptas?
Un florecer empedrado de señales y lamentos
de la ciencia.
Y el infinito. ¿No es ahí donde el hombre
descubre las palabras que mueven sus órganos?

Tantos ojos adentro son ya un paisaje
bajo el que guarecer
el abandono y la carencia.

No necesito ensayar
mi pertenencia al mundo. Es un acontecimiento
ser tan abierto: simplemente lo periférico me deja asombrado.
Soy tan transparente que no me hago responsable de lo que vive en mí.

Soy un cuerpo pródigo en faltas.
Soy una herida a la que dejan ponerse en pie.
Soy tan poco espacio que no tengo donde guardar mi maleta.

La lejanía ha muerto entre mis manos vacías. Sostener su transparencia
es adelantar el tiempo y salvar la comunicación.
Mirar puede ser un acto de introducción al límite.
Hay un silencio, y está vivo. La luz persigue con el abandono del poema
un orden verdadero.
Entran así las palabras en la pureza de estar
completamente despiertas, de verse nombradas
y aptas para la existencia.

Con tanto amor enfermo me sale una voz rara.

PEREGRINACIÓN POR EL BOSQUE DEL YAMABUSHI

Con dolor de límites constantes y vergüenza de ángel estropeado…

VICENTE HUIDOBRO

Los árboles son piadosos y se curvan cuando pedimos un cuerpo,
nos acompañan inclinándose con el corazón a medio hacer.
Los árboles me recuerdan
algunas vidas: reclutan zapatos y frutos en descomposición.
Nosotros no, no tuvimos nunca alimentos que ofrecer.

Por encima de los árboles no hay más cielo que la inconstancia.
En el interior del bosque, la tristeza de una
luciérnaga ya nos advirtió que la luz nos dejaría solos.
Como antiguos barcos, nos repartimos
un alba que se arrepiente de escribir postales.

Las ramas se agrupan como los huesos
de pequeñas preguntas
que encienden la casa que nunca habitaremos.
Tocan con suavidad el cristal de una ventana
en mi memoria, para recuperar así
su transparencia, para trascender a una forma nueva
de elevarse.

Con la escritura de la noche, tiene más cuerpo el bosque,
cuanto más lo tocamos.
Los poemas que no escribo protegen al viento
de lo visible.
Los percibo en la lengua, cumplen su función de márgenes.

Tan fijo como en la mano de la muerte,
el anillo de la eternidad.
Y la vida se recoge en un instante
soportando aún golpes de viento desordenados,

mientras las hojas sienten, en su gravitación, la proximidad de los límites
y una ineludible conciencia de la duda.

LOS CANTOS DE LA TRIBU

Ahora todo es de los muertos.
YANNIS RITSOS

EL IMPOSTOR

Yo, que firmo como Yukio Mishima, no soy Yukio Mishima,
sino un soldado común.
Yo, predicador fibroso e invencible sustancia bizantina,
emperador del abismo, vagamente químico,
cincelado en papel marmóreo de gimnasio,
busco la soledad de los rascacielos japoneses.
Yo, el último ser vivo, poderoso y colosal,
amontono días de victoria en mis cuartillas.
Yo, que entro en una tienda de comestibles
ante el cartel persuasivo de una crema hidratante.
Yo, que en mi *seppuku*, soy la gota de sangre que imita delicadamente
los pezones de Lady Macbeth.
Yo que pienso que los lugares no hacen Historia,
pero que conviene tenerlos como amigos.
Yo que nunca tuve raíces; sólo infancia y certezas.
Yo que guardo en una urna el rocío del Arakawa
como si apoyase mi fuerza en una nube.
Yo, que me encamino elegante al ministerio de Culturismo,
en el descansillo del infierno seré jefe de un pabellón de Karate-Do.
Yo, que multiplico moldes de arena encuadernados en piel.
Yo, que me asomo al cansancio donde moran los ausentes,
pidiendo un minuto de silencio,
voy a entregarme a lo que no creo.

ANTÍLOPE EN UN PAÍS DE FÁBULA

Marchas como un aristócrata
antes de cumplir los treinta años.
Ebú te ha honrado con la elegancia de una talla
sagrada.
Ebú te dio un impetuoso porte de más valor
que cincuenta esclavos de la Comunidad.
Tu espalda es férrea como un puente de hojas de Quimbombó.
Tienes la incombustible fuerza
de un tambor de guerra y la sensibilidad de todo un hormiguero
en rebeldía.
Pero tu cuerpo ahora es pesado sobre el hombro
de cualquier cazador que no sea yo.

No sabrán apreciar el sabor de esa carne
grosera, encallecida por el arte de la pugna,
cuando se condimenta
exquisitamente. No le falte salsa
de cítrico ni un toque caramelizado
de nata pulverizada.
Cualquier cocinero que la prepare debe reservar
una porción de ofrenda para Oguín,
el que gobierna los ñames venenosos,
el que maneja la cuchara de palo,
el Señor de la Transformación.
Y bendecirla preguntando:
«¿Cómo fue el sacrificio?»

Todo en este libro es un juego de espejos conectados, en el sentido más borgiano. Los poemas son como cartas que enviaremos lejos; lo más lejos posible, es decir, de un libro a otro. Tengo cierta predilección por las referencias escondidas, esas que ya no son mías sino de mis más inconfesables obsesiones. Hay por ejemplo ecos conscientes de un haiku de *Filatelia* en *El maestro del poeta*. *El té* tiene su particular mecanismo de engranaje, compuesto a partir del ensayo de Okakura Kakuzō. Los versos finales de *El fracaso* los recita un personaje (yo mismo, como poeta) en un libro escrito a la par que éste, *Camas*. Uno de los versos de *Jaulas* se lo escuché a José Luis Merino, aunque tal vez mi memoria lo cambiara; transformado o no, preferí no descubrir la autoría real. Es obvio que la reescritura y las correcciones masivas favorecen la perversión del texto, que la memoria completa, con engañosas pero seductoras fabulaciones. Fernando Pessoa vigila estos poemas, pero no está solo; y, en cualquier caso, cada lector puede proponer nuevas compañías. El país del último poema todavía está por inventar, si no fuera porque ya no quedan fábricas de dioses. Faltan, sin ningún pesar, poemas, y versos, muchos, que el tiempo, nada piadoso, por suerte, derribó y apartó con su impetuosa fuerza de arrastre.

Las gafas de Pessoa está dedicado a S.

Las gafas de Pessoa
Aitor Francos

Esta obra ha sido galardonada con el VIII Premio Iberoamericano de Poesía Hermanos Machado, convocado por el Instituto de la Cultura y de las Artes del Ayuntamiento de Sevilla (ICAS) con la colaboración de la Fundación José Manuel Lara. Formaron parte del jurado, presidido por Isabel Ojeda Cruz, directora general de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, Jacobo Cortines, Ignacio F. Garmendia, Abelardo Linares y Javier Salvago, actuando como secretaria Nuria Hernández Bouton, jefa de servicio del ICAS.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Director de la colección: Jacobo Cortines
Consejo Asesor: Ignacio F. Garmendia, Juan Lamillar, Aurora Luque, Álvaro Salvador y Andrés Trapiello

© Aitor Francos, 2018
© Fundación José Manuel Lara, 2018
Avda. de Jerez, s/n. Edif. Indotorre. 41012 Sevilla (España)
www.fundacionjmlara.es
www.planetadelibros.com

Diseño y cubierta: Estudio Manuel Ortiz
Foto del autor: Cruz Martín Álvarez
Maquetación: milhojas. servicios editoriales

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo 2018

ISBN: 978-84-15673-97-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: IC Editorial
www.iceditorial.com